



Solemnidad de Santa María Madre de Dios

JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ. 1 ENERO 2021

En la Navidad hemos celebrado el nacimiento del Hijo de Dios y hoy celebramos a la Madre que le dio a luz. La Virgen María es la Madre de Dios porque el niño Jesús fue concebido en su vientre por obra del Espíritu Santo y es el Hijo de Dios. Así se lo había anunciado a María el ángel Gabriel: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo de cubrirá con su sombra; concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. El Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”* (Lc 1, 31. 35).

El apóstol Pablo nos ha enseñado en la carta a los Gálatas (4, 4-7) que el hecho de la maternidad virginal de María aconteció **“cuando se cumplió el tiempo”**, **“cuando llegó la plenitud del tiempo”** (Gal 4, 4), es decir, en el momento de la historia humana libremente **elegido** por Dios para dar a conocer a todos el misterio de Cristo, en quien fueron creadas todas las cosas y por medio de quien todas han sido con Dios reconciliadas (cf. Col 1, 16-20). Llevado de su amor, Dios *“nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra”* (Ef 1, 9-10).

La historia de la humanidad ha alcanzado su momento de plenitud cuando el Hijo de Dios hecho hombre nos ha llevado a la plena conciencia y reconocimiento de que somos hijos de Dios, herederos de los bienes de su reino y autorizados para clamar a Dios con confianza ¡ Abba! ¡Padre! **Reconocer este lugar central que Dios ha asignado al hombre en el mundo es signo de la plenitud del tiempo.**

Hoy iniciamos el año 2021 de la era cristiana, invocando la bendición prometida por Dios en el libro de los Números: *“El Señor te bendiga y te proteja; el Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz”* (Num 6, 24-26).

Dios ha cumplido ya su compromiso; y ha llevado a plenitud su bendición sobre los miembros de su pueblo al **mostrarles visiblemente su rostro en Jesús**, que es la imagen perfecta del rostro invisible de Dios. Así nos lo recuerda la carta a los Hebreos, cuando afirma que Dios *“nos ha hablado por el Hijo”*, el cual *“es reflejo de su gloria”* (Heb 1,3). Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: *Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.*



La carta a los Gálatas nos ha recordado que Dios ha enviado a su Hijo **“nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción”**. Y aclara que la adopción como hijos de Dios no se realiza por un trámite legal, sino por el don del Espíritu: **“Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! Padre. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios”** (4, 6-7).

Una parte de esta herencia que el Hijo nos ha dejado es María, su Madre virginal, confiada a nosotros como Madre espiritual. Y Jesús nos ha mostrado la forma de ser hijos de Dios e hijos de María. Él declaró dichosa a su madre no por haberle tenido en su seno y haberle alimentado con su pecho, sino por haber escuchado la Palabra de Dios y haberla puesto en práctica (Lc 11, 27-28). De esta forma nace la verdadera familia de Jesús (Lc 8, 19-21).

La lectura evangélica nos ha conducido una vez más al pesebre de Belén. El anuncio del nacimiento del Mesías hecho por los ángeles a los pastores (cf. Lc 2, 8-15) ha iluminado sus corazones por completo; la palabra que proclamaba el cumplimiento de la promesa dirigida a los hijos de Israel los ha movido a correr hacia el lugar del nacimiento, donde encuentran todo tal como se lo había indicado la palabra del ángel: **“María, José y el Niño, acostado en el pesebre”**. Y ese niño, acostado entre pajas y envuelto en pañales, que expresan su pequeñez, su impotencia, su condición plenamente humana, es reconocido por los pastores como el Mesías (cf. Sof 3, 12-13). Y todos los que han contemplado la escena se convierten inmediatamente en testigos y comienzan a narrar la novedad de aquel nacimiento a cuantos encuentran, transmitiendo también, junto con la buena noticia, su admiración y su alegría por la acción cumplida por Dios de una manera tan escondida y humilde, a la vez que tan evidente a los ojos de la fe.

María, por su parte, ve, escucha, medita y da vueltas en su corazón a estos acontecimientos, y llega a encontrar en la inesperada venida de los pastores la confirmación de lo que se le había anunciado por el ángel a propósito de su hijo. El Niño nacido es un primogénito (cf. Lc 2, 7), hijo del pueblo santo, y como tal llevará en su carne la señal de la alianza con Dios, la circuncisión (cf. Gn 17). Junto con esta señal recibe un nombre que indica la total pertenencia de ese hijo a Dios y el contenido de su misión. Ese nombre es Jesús, que significa **“el Señor salva”**, o sea, el Salvador.

La Navidad es el anuncio de la paz a todos los hombres a los que Dios ama; es la fiesta de la fraternidad universal de los hijos de Dios. Y en este clima espiritual el **Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de la Paz** nos alienta a promover **“La cultura del cuidado como camino de paz”**. Cultura del cuidado para erradicar la cultura de la indiferencia, del rechazo y de la confrontación, que suele prevalecer hoy en día.

La necesidad de esta **“cultura del cuidado”** ha sido experimentada de forma especial en las dolorosas situaciones vividas durante el año 2020, a causa de la gran crisis sanitaria del COVID-19, que ha agravado las previas crisis climática, alimentaria, económica y migratoria, y ha causado grandes sufrimientos y penurias. Es necesario



hacerse cargo los unos de los otros y también de la creación para construir una sociedad basada en relaciones de fraternidad. En concreto, el Papa renueva su llamada a los responsables políticos y del sector privado a adoptar medidas que garanticen a los más pobres y frágiles el acceso a las vacunas contra el COVID-19 y a la necesaria asistencia.

La vocación al cuidado de las mutuas relaciones humanas y a la custodia de la creación tiene su origen en Dios. En el relato bíblico de la creación, Dios confía a Adán el jardín “plantado en el Edén” (cf. Gn 2,8) con la tarea de “*cultivarlo y cuidarlo*” (cf. Gn 2,15). También la relación entre los hermanos Caín y Abel es descrita en términos protección o custodia. Caín, después de matar a su hermano Abel, respondió así a la pregunta de Dios: “¿Acaso yo soy *guardián* de mi hermano?” (Gn 4,9). Sí, ciertamente. Caín era el “*guardián*” de su hermano.

Dios Creador es el modelo del cuidado de sus criaturas y especialmente de Adán, de Eva y de sus hijos. El mismo Caín recibe una *señal de protección* para que su vida fuera guardada (cf. Gn 4,15). Este hecho confirma la *dignidad inviolable* de la persona y manifiesta el plan divino de preservar la armonía de la creación. El cuidado de la creación está en la base de la institución del Sábado y del Jubileo, para restablecer el orden social y la liberación de los esclavos (cf. Gn 1,1-3; Lv 25,4; Dt 15,4). Y el mensaje de los profetas es una continua defensa de la justicia con los más pobres.

El ministerio de Jesús es el punto culminante del cuidado de Dios con los pobres. En fidelidad a la misión que el Padre le confió, Jesús se acercaba a los enfermos del cuerpo y del espíritu y los curaba; perdonaba a los pecadores y les daba una vida nueva. Jesús era el Buen Pastor que cuidaba de las ovejas (cf. Jn 10,11-18; Ez 34,1-31); era el Buen Samaritano que se inclinaba sobre el hombre herido, vendaba sus heridas y se ocupaba de él (cf. Lc 10,30-37). Y en la cruz se ofreció a sí mismo para liberarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte. Así nos abrió el camino del amor y dice a cada uno: “Sígueme y haz lo mismo” (cf. Lc 10,37).

Los seguidores de Jesús asumen la cultura del cuidado como distintivo de su vida de caridad: compartían lo que tenían para que nadie entre ellos pasara necesidad (cf. Hch 4,34-35). En períodos posteriores, algunos Padres de la Iglesia insistieron en que la propiedad es querida por Dios para el bien común. Cuando la Iglesia tuvo libertad de acción social creó instituciones de caridad para cuidar todas las necesidades humanas.

La doctrina social de la Iglesia tiene entre sus bases la cultura del cuidado y del servicio. Y ha concretado esta cultura en los siguientes aspectos:

- * *El cuidado como promoción de la dignidad y de los derechos de la persona.*
- * *El cuidado del bien común.*
- * *El cuidado mediante la solidaridad, es decir, con la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos responsables de todos.*



Carlos López Hernández

* *El cuidado de la creación vinculado con el cuidado de los pobres, como ha desarrollado la encíclica *Laudato si*.*

La práctica de la cultura del cuidado requiere tomar los principios expuestos como ***brújula para un rumbo común y realmente humano*** en el respeto del derecho internacional y la protección de los derechos humanos. Y el Papa anima a los gobernantes a tomar la valiente decisión de constituir con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares “un Fondo mundial” para poder derrotar definitivamente el hambre y ayudar al desarrollo de los países más pobres.

*La promoción de la cultura del cuidado requiere un **proceso educativo** en la familia, en la escuela y la universidad, así como en los agentes de la comunicación social y en el ámbito de las religiones. Este proceso educativo debería ser incluido en el Pacto educativo global. Porque no hay paz sin la cultura del cuidado.*

A los cristianos nos llama a fijar nuestra mirada en la Virgen María y trabajar todos juntos para avanzar hacia un nuevo horizonte de amor y paz, de fraternidad y solidaridad, de apoyo mutuo y acogida. Y nos insta a no ceder a la tentación de desinteresarnos de los demás, especialmente de los más débiles; a no acostumbrarnos a desviar la mirada, y a comprometernos cada día de forma concreta, para formar una comunidad de hermanos que se acogen y se preocupan los unos de los otros.

Catedral Nueva, 1 de enero de 2021